

REFLEXIONES EN TORNO AL CRITERIO GENERACIONAL, COMO TEORIA ANALITICA Y METODO HISTORICO

ROSA MARIA MARTINEZ DE CODES
Universidad Complutense

¿Qué es una generación? La pregunta yace ante nuestros ojos sugiriéndonos de inmediato una interpretación genealógica. El lector insatisfecho que continúe leyendo debe enfrentarse a tres nuevos interrogantes: ¿Cuál es el lugar y la función de las generaciones en la Historia? ¿Cómo podríamos identificar el problema en su contexto histórico? ¿Resulta operativa la teoría de las generaciones como método histórico? Esta vez la respuesta no surge de inmediato. Se impone la reflexión. Y es esa reflexión sistemática la que permite clarificar ideas y proyectar luz sobre uno de los conceptos más confusos y problemáticos de la ciencia histórica.

El confusionismo, ciertamente, procede de las diversas interpretaciones dadas al concepto a lo largo de la Historia. El vocablo dejó de tener un significado biológico a principios del siglo XIX, para convertirse en un concepto científico.

Un siglo más tarde comenzaron a acuñarse teorías generacionales, que si bien intentaron identificar y limitar el problema, lo que hicieron fue crear una ma-

yor disparidad de opiniones acerca de la validez de dicho concepto para el análisis y la teoría histórica.

Respecto a su aplicación metodológica, los ensayos realizados, algunos de los cuales serán expuestos, han desnaturalizado, a mi modo de ver, el significado historiográfico que el concepto tiene.

Interpretado como unidad de medida del acontecer histórico, la generación se ha convertido en un instrumento o pretexto para ordenar la historia en épocas y periodos convencionales.

El mecanismo que regula la serie de las generaciones, lejos de explicar su interacción y conexiones reales, ha degenerado en un procedimiento operatorio sumamente mecánico que falsifica la realidad, estableciendo *a priori* «esquemas generacionales» tan arbitrarios y artificiales que apenas resisten la primera confrontación con la realidad histórica.

Ante un panorama tan confuso y desordenado, nos proponemos, en primer lugar, ofrecer una visión sintética del tratamiento histórico que el concepto de generación ha experimentado. En segundo lugar, intentaremos formular cuáles son las dificultades y problemas que la teoría tiene planteados hoy día y su conexión con los planteamientos anteriores. Y en tercer lugar, el análisis de algunos intentos de aplicación de la teoría a la vida histórica social concretará nuestras ideas sobre la eficacia del método generacional para una visión integral de la Historia.

No es mi intención dogmatizar o configurar una nueva teoría explicativa del acontecer histórico, sino delimitar con el mayor rigor y seriedad posibles las posibilidades de un concepto histórico sumamente útil y valioso en manos de un historiador capaz.

I. Síntesis histórica del concepto «generación»

Muy poca gente hoy día desconoce el término generación, y son menos aún los que nunca lo han usado en su propio lenguaje.

El vocablo, extraído de la experiencia misma de la vida y con un fuerte sentido historiológico, aparece con insistencia en fuentes y escritos de toda época.

Las primeras menciones las hallamos en el Antiguo y Nuevo Testamento, en el cual se detalla la genealogía de Jesucristo (1). Entendido genealógicamente, como unidad de medida de la realidad histórica, el concepto se repetirá invariablemente en la literatura helénica.

Homero hace alusiones, tanto en la *Iliada* como en la *Odisea*, a la sucesión de las generaciones (2).

Herodoto, por su parte, realiza un cómputo exacto de las generaciones transcurridas en el mundo egipcio hasta la fecha (3), ofreciendo una definición cronológica precisa.

Y, finalmente, diversos autores griegos, como Hecateo de Mileto, Helánico, Dionisio de Halicarnaso y Eforo, utilizaron indistintamente la cifra de treinta y cuarenta años como distancia media entre padres e hijos. De este modo, la utilización de las generaciones—interpretadas genealógicamente— será aceptada en el mundo antiguo, convirtiéndose en un tópico universal que perdurará hasta nuestros días.

Dentro del pensamiento cristiano, el término latino «generatio» se sobrenaturaliza, aludiendo no sólo a una unidad natural genética, sino también a la unidad sobrenatural que les confiere a sus miembros la redención. La mayor parte de los comentaristas de esa época, tales como San Agustín y San Buenaventura, inter-

(1) Mateo, I, 1-17, y XXIV, 34.

(2) *Iliada*, VI (146-149), I (250-252); *Odisea*, XIV (321-325).

(3) Herodoto, II, 142.

pretan la palabra «generatio» como la unidad elemental para contar las edades del género humano. San Agustín llega incluso a precisar su duración en treinta años (4).

Durante la Edad Moderna, el proceso de secularización del género humano conducirá a la idea natural y unitaria de la Humanidad. Esta Humanidad tendrá, a su vez, una historia hipotéticamente unitaria. La historiología del Romanticismo concebirá la historia de la Humanidad como un continuo despliegue en el que se actualizarían sucesivamente las potencias de la naturaleza humana.

Por distintas vías, todos los sistemas de Filosofía de la Historia hasta el siglo xx han coincidido en concebir la Historia como un proceso único, capaz de englobar a todo el género humano en una evolución provista de sentido hasta alcanzar la meta final. La idea de progreso era considerada, así, el hilo conductor que mantenía unidos a los distintos pueblos y culturas.

A pesar de las divergencias entre los diversos sistemas, en todos ellos se advierte la misma y fundamental interpretación del pasado en función del presente. La visión de la Historia como un despliegue sucesivo de la naturaleza humana tiene sus representantes en Hegel, Comte, H. Spencer y C. Marx. Es cierto que dicho despliegue puede interpretarse de manera biológica, como en Comte, o de manera dialéctica, como en Hegel; no obstante, la concepción continuista y evolucionista de la historia de la Humanidad se repetirá en sus obras como una constante.

En las *Lecciones sobre Historia de la Filosofía y Filosofía de la Historia Universal*, Hegel expone la idea de la continuidad histórica con las siguientes palabras: «El pasado no ha pasado definitivamente, sino que vive y se prolonga en el presente. El pasado no muere... De lo dicho se sigue, asimismo, que la Historia de la

(4) San Agustín, *La ciudad de Dios*, vol. XVII, 2.ª ed., Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965, libros XV, caps. 20 y 21; XVI, cap. 3.

Filosofía en su conjunto constituye un proceso en sí necesario, coherente, determinado en sí, racionalmente *a priori* de la idea. La Historia de la Filosofía, como modelo de toda otra, debe conservar tal dirección. La segunda consecuencia de lo que se ha dicho hasta ahora es que toda filosofía es necesaria, y sigue o continúa siendo tal; ninguna, pues, ha desaparecido; antes bien, todas están conservadas afirmativamente en la filosofía como momentos de un todo» (5).

Esta visión continuista de la historia de la Filosofía es en el sistema hegeliano un aspecto más de la continuidad del proceso histórico universal.

Por su parte, Auguste Comte, en el volumen IV de su obra *Curso de Filosofía positiva*, ofrece una interpretación claramente biológica del proceso evolutivo de la Humanidad:

«En principio, no hay que ocultar que nuestro proceso social se apoya, esencialmente, en la muerte; es decir, que los sucesivos pasos de la Humanidad suponen, necesariamente, la continua renovación, suficientemente rápida, de los agentes del movimiento general, que, poco perceptible habitualmente en el curso de cada vida individual, no se hace verdaderamente pronunciado sino al pasar de una generación a la que sigue.

El organismo social está sometido a este respecto, y de un modo no menos imperioso, a la misma condición fundamental que el organismo del individuo, donde, pasado un determinado tiempo, las diversas partes que lo constituyen, inevitablemente convertidas, a causa de los mismos fenómenos de la vida, en impropias para cooperar ya en su composición, deben ser gradualmente reemplazadas por nuevos elementos» (6).

Desde esta perspectiva continuista de la historiología romántica del siglo pasado, historiadores y filóso-

(5) Hegel, G. W. F., *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, vol. I, F.C.E., México, 1977, pág. 40.

(6) Comte, Auguste, *Curso de la filosofía positiva*, vol. IV, lección 51.

fos se plantearon la necesidad de obtener una *unidad de medida* que les permitiese estudiar el curso del movimiento histórico. Las hasta entonces válidas unidades de medida del tiempo físico: años, decenios y siglos, no parecían adecuadas para sistematizar el curso del acontecer histórico. Se hacía perentoria la búsqueda de una unidad de medida interna, es decir, enraizada en dicho movimiento continuo.

Esta idea condujo a los pensadores del siglo XIX a proponer la duración media de la vida humana como la unidad de medida del tiempo histórico, la cual cobró forma histórica ordenándose en un nuevo concepto: el de generación.

Sin duda alguna, la idea historiológica de la generación nació de una visión naturalista de la Historia. Ya que el componente biológico de las edades del hombre subyacía en las primeras interpretaciones que los historiadores hicieron de la idea de generación. Durante todo el siglo XIX asistimos a un afán constante por dar contenido histórico a un concepto que desde la Antigüedad se venía usando en relación con el curso biológico de la vida humana.

En esta línea de pensamiento se agrupan los representantes de la *escuela positivista francesa*, quienes interpretaron el ritmo del desarrollo histórico en función de la limitada duración de la vida del hombre. Consecuentemente, los cambios que se producían en la estructura social se hallaban determinados por factores biológicos.

Entre sus representantes más significativos destacan las aportaciones de Auguste Comte (1798-1857), cuyas ideas sobre la sociedad sirvieron de marco para intentar conceptualizar la idea de generación (7). Su acierto fundamental fue el de señalar cuál era el mecanismo mediante el cual se operaba la variación en la sociedad. Comte apuntó en la primera mitad del

(7) Julián Marías (en su obra *El método histórico de las generaciones*, Rev. de Occidente, Madrid, 1967, págs. 29-34) transcribe los textos más significativos de este autor.

siglo XIX una de las ideas más valiosas de la generación, interpretada desde el ámbito de la sociedad.

En la esfera de influencia de A. Comte encontramos a Justin Dromel (1826), Soulavie (1753-1813), Cournot (1801-1877), al italiano Giuseppe Ferrari (1812-1876), al alemán Gustav Rumelin (1815-1889) y al inglés J. Stuart Mill (1806-1873).

Stuart Mill, el gran discípulo inglés de Comte, retomó la idea de las generaciones de su maestro, haciendo una serie de precisiones al respecto fundamentales por su temprana fecha y por el contenido histórico que les inyectó. Su análisis de la sociedad le condujo a interpretar las generaciones como equipos humanos que se relevan en el poder. Frente a la creencia de los franceses, quienes confundieron la *ley del progreso* con una ley natural, Mill apuntó la necesidad de acudir a la Historia para extraer las leyes empíricas de la sociedad. La variación histórica venía así dada como una serie de influencias de unas generaciones sobre otras.

Este pensador inglés llegó incluso a precisar la importancia metodológica de una teoría generacional.

Intuyó el carácter total de cada una de las generaciones como forma de vida y, consecuentemente, su repercusión en la estructura social. Esta indicación delataba el confusionismo que podría crear el estudio de generaciones parciales políticas, literarias, artísticas, etcétera, tomadas como representativas de una época determinada.

El resto de los autores de la escuela positivista: Soulavie, Dromel, Ferrari y Rumelin, se mueven en el campo de la estadística. Ninguno de ellos consigue trascender la idea genealógica de la generación, a pesar de sus esfuerzos por construir tablas estadísticas y teorías que pretenden justificar históricamente, mediante esquemas de las edades humanas o el hallazgo empírico de periodos de quince años, en la historia política de Francia.

Uno de los rasgos que caracterizó a este equipo de

hombres fue su falta de conexión y comunicación. Los avances que cada uno realizó en la interpretación del concepto de generación no fueron nunca ordenados ni sistematizados (8).

Por eso no existe en el siglo XIX un acuerdo respecto al lugar de las generaciones; casi todos caen en el error genealógico, excepto Dromel y Ferrari, que las vinculan directamente con la vida política. Ni existe tampoco una teoría suficiente acerca de la realidad de la generación o de su estructura. Lo que sí podemos observar son los intentos constantes por determinar la duración de las generaciones. Los ejemplos que aducen los remiten a periodos que abarcan desde quince o dieciséis años hasta treinta.

No obstante, y a pesar de algunas intuiciones muy agudas, no llegó a cuajar en el siglo XIX una auténtica teoría de las generaciones. Era necesario que la Sociología y la Historia desarrollasen conceptos y relaciones fundamentales antes de poder hablar de la generación como categoría histórica o de intentar construir una teoría analítica emplazada en la vida histórica y social.

Frente a esta concepción continuista y evolucionista de la Historia, ampliamente defendida y utilizada por los historiadores de la escuela positivista, para quienes la generación no era más que la unidad de medida del tiempo histórico y un paso más en el movimiento del progreso, surgió en Alemania, en la misma época, un movimiento reivindicativo de la discontinuidad del acontecer histórico.

No vamos a analizar ahora los fundamentos filosóficos de esta nueva concepción de la Historia, pues nos extenderíamos más allá de los límites previstos. Lo que sí haremos será precisar la reinterpretación que la escuela histórico-romántica hace del concepto generación, en función del fraccionamiento del curso histórico por generaciones.

(8) El capítulo 2 de la obra anteriormente citada recoge sistemáticamente las aportaciones de los autores mencionados.

En primer lugar, todos sus miembros intentaron subrayar el contenido histórico de la generación, en oposición al contenido biológico que defendía la escuela positivista. Cada generación fue considerada como un elemento cualitativamente distinto del acontecimiento histórico, atendiendo más a su contenido espiritual que a su extensión temporal.

Elevada a categoría fundamental del acontecer histórico, la generación se interpretó como unidad elemental del cambio histórico, posibilitando así un nuevo ordenamiento ajeno a las convencionales particiones de la Historia en siglos y años.

En esta línea de pensamiento se inscriben algunos de los pasajes de la obra del alemán Leopoldo von Ranke (1795-1886), quien intuyó en fecha temprana el sentido metodológico de las generaciones: «Sería tal vez una tarea historiográfica presentar la serie de las generaciones, en cuanto fuese posible, tal y como se ensamblan y se singularizan en la escena de la Historia Universal. Se debería hacer plena justicia a cada una de ellas; podría describirse una serie de figuras preclaras, las que en cada generación tienen más estrechas relaciones entre sí y mediante cuyos antagonismos sigue progresando la evolución del mundo: los sucesos corresponden a su naturaleza» (9).

El texto deja vislumbrar dos ideas fundamentales en el pensamiento de Ranke. En primer lugar, el rechazo de las divisiones tradicionales de la historia frente a un nuevo orden por generaciones, y, en segundo lugar, la crítica indirecta del progresismo, afirmando la sustantividad real de cada uno de los periodos de la Historia, cuya articulación se produciría a través de las generaciones concebidas como verdaderos sujetos de la Historia.

A finales del siglo XIX, otro pensador, esta vez procedente del campo de la Filosofía, Wilhem Dilthey

(9) Ranke, Leopold von, *Geschichte der romanischen und germanischen Völker im is und 16* (Sämtliche Werke, vol. 33, pág. 323), ed. de 1874.

(1833-1911), va a intentar conceptualizar la idea de generación desde una perspectiva nueva. Al igual que Ortega, Dilthey elaboró la idea de generación lentamente, precisando el concepto a medida que desarrollaba su obra.

La primera aproximación la encontramos en su ensayo *Novalis*, de 1865, en el cual sugiere la utilidad que el concepto de generación tendría si se utilizase como instrumento para estudiar la cultura intelectual de una época (10).

Dos años más tarde (1867), en la lección inaugural de Basilea sobre «El movimiento poético y filosófico en Alemania de 1770 a 1800», Dilthey se servirá del concepto de generación (tal y como él lo entiende, a saber: «Un período de historia espiritual alemana») para distinguir tres generaciones que estarían representadas por los nacidos en 1730, 1750-1755 y 1770-1775, respectivamente.

El estudio del movimiento espiritual que se produjo en Alemania durante el último tercio del siglo XVIII condujo a Dilthey a precisar dos ideas cardinales para el concepto de generación. Por una parte, la influencia decisiva que la generación ejerce sobre la producción de sus componentes, y en segundo lugar, la necesidad de conectar y situar tanto a los hombres como a las generaciones en su adecuado contexto histórico.

En 1875, prácticamente al final de su vida, en un trabajo titulado *Sobre el estudio de la historia en las ciencias del hombre, de la sociedad y del Estado*, Dilthey retomó la idea de generación e intentó explicar el concepto según dos significados: A) La generación es un espacio de tiempo, es decir, una unidad de medida interna de la vida humana. Este sentido cronológico le lleva a fijar su duración en treinta años, con lo cual permanece fiel a la interpretación genealógica tradicional de la generación, aunque los ejem-

(10) Dilthey, Wilhelm, *Vida y poesía*, tomo IV, F.C.E., México, 1978, pág. 289.

plos concretos de generaciones que propone no se ajustan a esa cifra. B) Junto a esta acepción cronológica, ofrece otra de mayor contenido histórico: «Generaciones es, además, una denominación para una relación de contemporaneidad de individuos; aquellos que en cierto modo crecieron juntos, es decir, tuvieron una infancia común, una juventud común, cuyo tiempo de fuerza viril coincidió parcialmente, los designamos como la misma generación. De aquí resulta luego la conexión de tales personas por una relación más profunda. Aquellos que en los años respectivos experimentan las mismas influencias rectoras constituyen juntos una generación. Entendida así, una generación constituye un estrecho círculo de individuos, que están ligados hasta formar un todo homogéneo por la dependencia de los mismos grandes hechos y variaciones, que aparecieron en su época de receptividad a pesar de la diversidad de otros factores agregados» (11).

Cabe destacar en el texto dos ideas fundamentales que años más tarde serían plenamente desarrolladas por el pensador español José Ortega y Gasset. Dilthey alude al término contemporaneidad refiriéndose en realidad a lo que Ortega definió con rigor *coetaneidad*; es decir, a aquella relación de individuos que tienen la misma edad. Y además, en el texto, la idea de generación no surge de forma aislada e independiente, sino que aparece como una determinación esencial de la vida humana y de la convivencia histórica.

Paradójicamente, Dilthey fue incapaz de captar la realidad de la generación, al confundirla con la vida individual de sus miembros. Los hombres de las generaciones románticas que cita no pertenecen a dichas generaciones, sino que son ellos mismos tales generaciones.

(11) Dilthey, W., *Sobre el estudio de la historia de las ciencias del hombre, la sociedad y el Estado*. Recogido en el volumen V de sus obras completas, Wilhelm Dilthey's *Gesammelte Schriften*, pág. 37.

Los textos que hasta ahora hemos mencionado y algunos otros en los que no nos hemos podido detener (12) resultan fundamentales a la hora de comprender los orígenes del concepto histórico de generación. Todos ellos constituyen la cantera ideológica de posteriores elaboraciones del concepto y de su aplicación, en la primera mitad del siglo xx, a los diferentes campos de la cultura.

F. Kummer, H. V. Müller, W. Vogel, E. Wechsler, H. Jeschke, J. Petersen, etc., han aplicado el concepto a la Historia de la Literatura.

W. Pinder, Al. Lorenz, E. Lafuente Ferrari, etc., a la Historia del Arte.

K. Mannheim, S. W. Einsenstadt, J. Gaos, A. Hoog, L. Recaséns Siches, F. Ayala, F. Mentré, etc., estudiaron el problema por sus implicaciones sociológicas.

Finalmente, para no hacer esta lista interminable, cito las aportaciones españolas más importantes dentro del campo de la historiografía general: J. Ortega y Gasset, Laín Entralgo y J. Marías.

En conexión con la escuela histórico-romántica, y como aportaciones pertenecientes a la primera mitad del siglo xx dentro de la bibliografía alemana, podríamos situar la obra ampliamente divulgada de los historiadores alemanes. Me refiero a la de Wilhelm Pinder y Julius Petersen.

W. Pinder aplicó por primera vez la idea de las generaciones a un tema particular: el arte. En función del cual realizó una interpretación de la teoría generacional sumamente sugestiva, aunque debatible. La idea eje que guió sus especulaciones fue la de poder interpretar las diferentes artes en sentido figurado como generaciones.

Sus aportaciones más interesantes se hallan recogidas en su obra *Das Problem der Generation in der*

(12) La bibliografía más completa al respecto la ofrece J. Marías al final de la obra citada *El método histórico de las generaciones*.

Kunstgeschichte Europas. (Berlín, 1916) (13). En ella define con exactitud los conceptos de «contemporaneidad» y «coetaneidad», que considera fundamentales para la teoría de las generaciones. Dos años más tarde (1928), en el prólogo a la segunda edición de su libro, cita párrafos del primer ensayo formal de Ortega (14), justificando sus ideas en las teorías del filósofo español.

Otra de sus convicciones más profundas es la importancia de la fecha de nacimiento, o «ley de nacimientos decisivos», tal y como él la denomina, como criterio esencial para deslindar las sucesivas generaciones. Con lo cual su pensamiento adquiere una clara tendencia biológica.

Desde su perspectiva, la generación carece de contenido histórico. Su concepción no desarrolla las ideas fundamentales de vida colectiva, vigencia, zona de fechas decisivas, etc., para poder articular una teoría coherente de las generaciones históricas.

El historiador alemán J. Petersen es sin duda alguna el hombre que mayor divulgación ha conocido dentro y fuera de Europa debido a su obra *Die Literarischen Generationen*, en *Philosophie der Literaturwissenschaft*, de Ermatinger, 1930 (15).

Petersen arranca del pensamiento de Dilthey para configurar un concepto de generación que nos ayude a comprender la historia del espíritu humano, por oposición a la historia genealógica. Ya en su primer trabajo sobre el Romanticismo (16) desarrolló tres ideas conductoras acerca de la generación. Se cuestionó la consistencia, estructura interna y curso del suceso ge-

(13) Pinder, W., *El problema de las generaciones en la historia del arte de Europa*, trad. de D. J. Voglemann, Buenos Aires, 1946.

(14) *El tema de nuestro tiempo* (1923), O. C., III. En alemán se publicó por primera vez en 1928.

(15) Petersen, Julius, *Las generaciones literarias*, en *Filosofía de la ciencia literaria*, trad. esp., México, 1946.

(16) Idem, *Die Wesensbestimmung der deutschen Romantik*, 1926.

neracional, ejemplificando sus ideas con citas referentes a las generaciones románticas alemanas estudiadas previamente por Dilthey.

En su segundo trabajo, Petersen discute ampliamente sobre la duración cronológica de las generaciones históricas, concluyendo la imposibilidad de considerar a ésta como una medida regular de tiempo determinada por la duración media de la vida humana o como una semejanza determinada por el nacimiento. Rechaza así la fundamentación biológica del criterio generacional, formulando a cambio un concepto propiamente histórico, basado en la comunidad de destino e igualdad de experiencias y de fines que encierra cada unidad generacional.

Es, asimismo, en esta obra donde Petersen desarrolla uno de los temas que mayores resonancias ha tenido. Me refiero a los ocho factores formativos constitutivos de una generación histórica. En síntesis son: 1), herencia; 2), fecha de nacimiento; 3), elementos educativos; 4), comunidad personal; 5), experiencias generacionales comunes; 6), caudillaje; 7), lenguaje generacional; 8), agotamiento de la generación anterior.

J. Marías, en su obra ya citada, *El método histórico de las generaciones* (17), critica el confusionismo de Petersen por intentar agrupar factores sumamente dispares que hacen referencia a zonas de la realidad diversas. Es evidente la confusión que guía a Petersen a la hora de definir el tipo de realidad de las generaciones. Algunos factores afectan al nivel biológico, otros a la vida individual o nivel mental y, finalmente, otros a la vida colectiva o nivel social, lo cual imposibilita una conclusión definitiva sobre la cuestión decisiva de qué son éstas.

El historiador alemán niega la posibilidad de precisar la figura de una generación. En primer lugar, porque resulta sumamente difícil deslindar dentro de cada unidad generacional las unidades subordinadas

(17) Op. cit., pág. 125.

diversas (literarias, artísticas, políticas, ideológicas etcétera). Petersen no se da cuenta de que su esfuerzo por definir una «generación literaria» es estéril, pues se trata de un concepto irreal, una mera abstracción que no afecta a la forma íntegra de la sociedad y, por tanto, no nos ayuda a comprender su función en la Historia.

En segundo lugar, argumenta la imposibilidad de determinar el ámbito espacial de una generación y rechaza la aplicación a diversos países de una idea cronológica de las generaciones: «No se puede identificar la generación como concepto temporal, con cierto número de años, como de 1890 a 1900, que significan la mismo en todos los países con calendario cristiano, sino que se trata, más bien, de un tiempo interior, que se diversifica por diferencias climáticas» (18).

Petersen concluye confesando su incapacidad para calcular el lapso temporal que separa a las generaciones entre sí. Los intervalos varían en función del ritmo de la vida histórica y, por tanto, una cifra exacta no tendría valor alguno como medida constante de la realidad.

La obra de J. Petersen, aunque no ofrece una teoría adecuada, formula algunas ideas acertadas siempre que se las interprete en su propio contexto (recordemos que él se mueve en el campo de la historia literaria), sin intentar extrapolarlas a otros campos o generalizar sus significados. Estas ideas han provocado en la historiografía actual múltiples ensayos de aplicación de la teoría (basada en los factores formativos que Petersen señala), a la realidad histórico-social de un país determinado. El resultado ha sido la aparición de divisiones y generaciones apenas representativas del espíritu de la época.

Las aproximaciones conceptuales que hemos venido exponiendo a lo largo de esta síntesis histórica,

(18) *Las generaciones literarias en...*, págs. 144-145.

relativas al siglo XIX, se podrían considerar como parte de la historia científica del concepto de generación.

Posiblemente, el lector haya advertido la existencia de un rasgo común a la mayoría de estos intentos. Casi todos los autores mencionados del siglo pasado intentaron formular una teoría de las generaciones prescindiendo de la realidad histórico-social de la cual debía surgir. Es decir, no se plantearon la necesidad de una interpretación válida de los hechos, sino que manipularon éstos en función de una teoría construida *a priori*.

Durante la primera mitad del siglo XX se saltó al campo de las aplicaciones científicas, tal y como hemos señalado, sin haberse formulado antes un concepto y una teoría de las generaciones con rigor científico.

En España, el campo que mayor número de ensayos experimentó fue el de la literatura. Numerosos literatos y pensadores, entre los que cabe mencionar a Pío Baroja, Azorín, Miguel de Unamuno, Pedro Salinas, Dámaso Alonso, etc., realizaron una interpretación personal del concepto de generación literaria y lo aplicaron a lo que ellos definieron por «generación del noventa y ocho» (19).

Paradójicamente, ninguno de estos autores utilizaron en sus ensayos la teoría de Ortega sobre las generaciones, formalmente expuesta por el gran pensador hacia 1933 en su obra *En torno a Galileo*.

Hemos de recordar que Ortega no formuló una doctrina acerca de las generaciones, independiente y autónoma, como pieza intelectual válida en sí misma, sino que fue una preocupación constante a lo largo de toda su vida intelectual. La conciencia del tema surgió, por primera vez, en 1914, en su ensayo sobre *Vieja y nueva política*.

(19) Azorín, *Las generaciones del 98*, en Clásicos y Modernos, Madrid, 1913. Baroja, Pío, «Tres generaciones, mayo de 1926, en el volumen *Entretenimientos*. Salinas, Pedro, *El concepto de generación literaria aplicada a la del 98*, Rev. de Occidente, Madrid, diciembre de 1935. Alonso, Dámaso, *Una generación poética (1920-1936)*, Finisterre, marzo de 1948.

Años después, y simultáneamente al desarrollo de su filosofía raciovitalista, fue precisando conceptos fundamentales: distinción entre contemporaneidad y coetaneidad, sensibilidad vital, masa y minoría, vida histórica como convivencia, altitud vital, misión propia de las generaciones, etc., antes de realizar una formulación sistemática de su teoría.

No nos sorprende, pues, que esta formulación aparezca en el capítulo 1 de *El tema de nuestro tiempo*, que es, a su vez, la primera exposición formal de su filosofía. La doctrina de las generaciones pasa así a convertirse en un ingrediente capital de su sistema filosófico. Sin una comprensión correcta de los fundamentos metafísicos de la filosofía de Ortega y Gasset y su teoría de la vida histórica y social, la teoría concreta de las generaciones perdería su justificación intelectual y su contenido. Consecuentemente, su validez u operatividad histórica se vería abocada al fracaso.

La segunda exposición madura referente al tema que encontramos en su producción tiene lugar en 1933 en el ensayo *En torno a Galileo*, donde Ortega desarrolla los supuestos metafísicos y sociológicos de su filosofía (20).

No nos debe extrañar, si aceptamos las precisiones anteriores, que la teoría analítica de las generaciones de Ortega, extraída de su contexto o lugar ontológico —de la vida histórica y social—, pierda significado y resulte estéril.

No obstante, y antes de analizar las dificultades que presenta la teoría, hemos de indicar que una cosa es

(20) La exposición de la filosofía de Ortega puede encontrarse en J. Marías, *Introducción a la filosofía*, Rev. de Occidente, Madrid, 1947 (Obras, II); *La filosofía española actual*, Espasa-Calpe, Madrid, 1948; *Ortega I, Circunstancia y vocación*, Rev. de Occidente, Madrid, 1960; *Comentario a «Meditaciones del Quijote»*, Rev. de Occidente, Madrid, 1966; *La Escuela de Madrid* (Obras, V).

Abellán, J. L., *Ortega y Gasset en la filosofía española*, Tecnos, Madrid, 1966.

Garagorri, Paulino, *Introducción a Ortega*, Alianza Editorial, Madrid, 1970.

la teoría analítica o abstracta, derivada de un análisis detenido de la vida humana, y otra, de mayor problemática si cabe, la cuestión de su existencia empírica y la determinación de la serie de las generaciones efectivas. Estos dos puntos serán los que intentaremos clarificar a continuación.

II. *Dificultades que encierra la teoría analítica de las generaciones*

Considero oportuno y conveniente, antes de exponer las objeciones de otros autores y mis propias objeciones a la teoría de las generaciones, bosquejar los aspectos más característicos de ésta.

El enfoque orteguiano del problema de las generaciones es, en mi opinión, el más avanzado analítica y metodológicamente de todos los que han surgido hasta la fecha. Si bien es cierto que Ortega no llegó nunca a desarrollar su teoría en todos los aspectos, dicha teoría incluye los siguientes postulados:

1) Ortega explica la existencia de las generaciones en virtud de la estructura general de la vida humana individual y de la vida humana colectiva: «Una generación no es un puñado de hombres egregios ni, simplemente, una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos» (21).

2) Este enfoque hace necesaria una definición de edad y una explicación sobre la existencia de varias generaciones coexistentes en la estructura social y sus

(21) Ortega y Gasset, J., *El tema de nuestro tiempo*, O. C., III, Rev. de Occidente, 6.ª ed., Madrid, 1966, pág. 147.

relaciones mutuas. Lo cual conlleva previamente la explicación de lo que significa ser *contemporáneos* (vivir al mismo tiempo) y ser *coetáneos* (tener la misma edad).

Ortega lo explica con las siguientes palabras: «Toda actualidad histórica, todo 'hoy', envuelve en rigor tres tiempos distintos, tres 'hoy' diferentes, o, dicho de otra manera, que el presente es rico de tres grandes dimensiones vitales, las cuales conviven alojadas en él, quieran o no, trabadas unas con otras, y, por fuerza, al ser diferentes, en esencial hostilidad... Los contemporáneos no son coetáneos: urge distinguir en historia entre coetaneidad y contemporaneidad. Alojados en un tiempo extremo y cronológico, conviven tres tiempos vitales distintos. Esto es lo que suelo llamar el anacronismo esencial de la historia. Merced a ese desequilibrio interior se mueve, cambia, rueda, fluye. Si todos los contemporáneos fuésemos coetáneos, la historia se detendría anquilosada, en un gesto definitivo, sin posibilidad de innovación radical ninguna» (22).

Una vez que el concepto de coetaneidad ha quedado precisado, Ortega puede formular una definición de las generaciones más rigurosa: «El conjunto de los que son coetáneos en un círculo de actual convivencia es una generación. El concepto de generación no implica, pues, primariamente, más que estas dos notas: tener la misma edad y tener algún contacto vital» (23).

El problema surge ahora al intentar interpretar el concepto de edad. Algunos historiadores han rechazado el concepto de Ortega por entender la edad en sentido matemático; es decir, por creer que es una fecha concreta. Con lo cual sólo los que nacen en la misma fecha tendrían la misma edad. Las generaciones se sucederían, consecuentemente, día a día, sin sentido alguno, convirtiéndose en conceptos vacíos.

Esta interpretación parte de un doble error. Por

(22) Idem, *En torno a Galileo*, O. C., V, Rev. de Occidente, 7.ª ed., Madrid, 1970, págs. 37-38.

(23) *Ibíd.*, pág. 28.

una parte, sus defensores sólo se fijan en la vida individual de los componentes de la generación, olvidando su perspectiva histórico-social, y, por otra, su concepción biológica de la realidad humana les hace confundir las edades de la vida (etapas diferentes de nuestra actividad vital) con las edades del organismo, interpretándolas, erróneamente, como promociones que se suceden sustituyéndose unas a otras.

El concepto de Ortega tiene mayor contenido. La edad no es originariamente una fecha, sino un cierto modo de vivir. Y desde esta perspectiva distingue cinco periodos de quince años, equivalentes a cinco modos de quehacer vital: 1), los primeros quince años conforman la *niñez*; 2), de los quince a los treinta, la *juventud*; 3), de los treinta a los cuarenta y cinco, la *iniciación*; 4), de los cuarenta y cinco a los sesenta, el *predominio*, y 5), de los sesenta a los setenta y cinco, la *vejez*. Sus palabras son muy significativas al respecto: «La edad, pues, no es una fecha, sino una zona de fechas, y tienen la misma edad, vital e histórica, no sólo los que nacen en un mismo año, sino los que nacen dentro de una zona de fechas» (24).

3) El tercer postulado de la teoría de Ortega hace referencia a la explicación de las generaciones como fuerzas motrices de la historia y al hecho de que la estructura histórica de la sociedad dependa de la dinámica de las generaciones que coexisten y se encabalgan: «Las generaciones nacen unas de otras, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior. Para cada generación, vivir es, pues, una faena de dos dimensiones, una de las cuales consiste en recibir lo vivido —ideas, valoraciones, instituciones, etc.— por la antecedente; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad» (25).

Años más tarde, Ortega precisaría: «Lo decisivo en la idea de las generaciones no es que se suceden, sino

(24) *Ibíd.*, pág. 41.

(25) *El tema de nuestro tiempo*, O. C., III, págs. 148-149.

que se solapan o empalman. Siempre hay dos generaciones actuando al mismo tiempo, con plenitud de actuación, sobre los mismos temas y en torno a las mismas cosas, pero con distinto índice de edad y, por ello, con distinto sentido» (26).

Es precisamente esa diferencia de sentido lo que provoca el cambio, la innovación e incluso la crisis.

Cuando el cambio es muy pronunciado y el hombre se queda sin convicciones, incapaz de reaccionar ante la nueva situación, podemos hablar de crisis histórica. Crisis histórica que no vendrá nunca determinada por un hecho histórico (al contrario de lo que algunos historiadores creen cuando definen una generación en función de un acontecimiento clave), sino por el desmoronamiento del sistema total de vigencias que durante cierto tiempo ha dado su estructura a la vida histórica. En este contexto puede surgir lo que Ortega llama una generación decisiva. Aquella que es capaz de constituir por primera vez los cimientos de una sociedad y pensar los nuevos principios rectores que las generaciones posteriores se encargarán de acuñar y combatir.

4) Por último, Ortega se ve obligado a afrontar el tema de la duración de una generación. La respuesta es coherente con el resto de la teoría expuesta: es la *estructura de las edades* quien la determina. Y, por tanto, la vigencia de esas formas de vida, unos quince años aproximadamente, será la duración de las generaciones: «El sistema de vigencias en que la forma de la vida humana consiste —afirma Ortega— dura un periodo que casi coincide con los quince años. Una generación es una zona de quince años durante la cual una cierta forma de vida fue vigente. La generación sería, *pues*, la unidad concreta de la auténtica cronología histórica, o, dicho en otra forma, que la historia camina y procede por generaciones» (27).

(26) *En torno a Galileo*, O. C., V, pág. 49.

(27) O. C., VI, pág. 371.

En definitiva, Ortega ha estructurado una teoría de una realidad que hasta hace poco tiempo se ha utilizado con gran imprecisión. Su preocupación por el tema no se debió a afanes eruditos, sino a haber sabido captar la variación radical que la vida humana ha experimentado respecto a su relación con la historia.

De los cuatro aspectos fundamentales que hemos mencionado, los tres primeros derivan de la teoría analítica, y el cuarto nos remite a un dato empírico (el número quince), procedente de la duración de la vida y de las edades.

Si consideramos las generaciones como los auténticos motores del cambio histórico, será necesario conocer primero la serie de las generaciones, para poder deducir a qué generación pertenecemos.

Pero antes de analizar el procedimiento propuesto por Ortega para determinar la escala de las generaciones en un ámbito histórico preciso y poner a prueba la eficacia de la teoría como método histórico, debemos plantearnos las objeciones y dificultades que ésta presenta.

Empecemos por recoger las objeciones que se le han hecho. La primera y de mayor peso ha sido la de negar la existencia de las generaciones, con lo cual se cae en el *continuismo* (la historia se concibe como un movimiento continuo, que experimenta variaciones mínimas y no tiene articulación) o en una definición de generación limitada a las afinidades existentes entre un grupo de hombres en un lugar y tiempo determinado.

La negación de las generaciones haría entonces innecesaria la idea de *vigencia*. La cual no hace referencia a la continuidad de nacimientos, sino a un sistema duradero que da su estructura a la vida social e histórica y que en definitiva configura el mundo que cada hombre encuentra y al que se incorpora. Las alteraciones dentro de este mundo, por muy graves que sean, no suponen necesariamente un cambio total de

vigencias (de mundo); éstas pueden integrarse con el resto del mundo que no cambia. Sólo cuando se produce el colapso total de las *creencias* comunes a los hombres de una generación, asistimos a una verdadera mutación o crisis histórica.

Otra objeción importante que se le ha hecho a la teoría es la negación de la cifra de quince años como medida cuantitativa de una generación.

En ciertos círculos se defiende la idea de que las generaciones no tienen un ritmo fijo ni se suceden en periodos constantes; es decir, que éstas surgirían en momentos críticos o cuando se produjesen variaciones históricas lo suficientemente importantes para aglutinar en torno a los hombres más significativos.

Esta es, sin duda alguna, la idea más extendida que se recoge en los libros de Historia. El estudio de la *generación del noventa y ocho*, de las *generaciones románticas* o de aquellas que llevaron a cabo la emancipación americana, se realiza siempre desde la óptica de los acontecimientos. Lo cual es falso, ya que las generaciones no se hallan determinadas en medida alguna por éstos.

J. Marías, en su lúcido ensayo sobre las generaciones (28), ofrece una respuesta, en mi opinión válida, a esta crítica, afirmando la existencia de un ritmo constante en las generaciones. Dicho ritmo deriva de la duración media de la vida humana y de la estructura de las edades. Las diversas funciones sociales de cada edad revelan que existe una fase de *preparación* para la plena actuación social, otra de *predominio* (en la que el mundo que se pretende imponer logra tener vigencia) y otra de *salida* del mundo histórico.

Este ciclo se repite constantemente, con pequeñas variantes, en todas las sociedades, y, por tanto, no sería lícito hablar de la «generación de la Revolución francesa» como una unidad histórica autónoma, sino

(28) Op. cit., *El método histórico de las generaciones*, págs. 162-163.

más bien de una serie generacional en la cual dicha generación francesa tendría mayor o menor relevancia con respecto a las generaciones precedentes y sucesivas.

El enfoque cambia por completo, y ello se debe a que el sustrato de la teoría de las generaciones es más profundo y se halla más enraizado en la realidad de lo que muchos historiadores piensan. La aportación del estudio de una generación delimitada arbitrariamente es mínima, e incluso podría falsear la realidad en comparación con la visión integral de la Historia que su análisis histórico riguroso nos aportaría.

Algunos autores han propuesto la cifra de treinta años, en oposición a la de quince que señala Ortega, por considerar que ésa es la duración media de la edad plenamente activa del hombre. Si se acepta el esquema de edades propuesto por Ortega (quien distingue en esos treinta años de actuación dos fases dinámicamente opuestas —de gestación y gestión— con funciones sociales diferenciadas), el número de treinta años es rechazable. En caso contrario, habría que cuestionarse cuál es el periodo de vigencia de una generación, si abarca el plazo aproximado de su actuación histórica, y si dicho plazo se ciñe a la cifra de treinta años o menos. En cualquier caso, esta cifra debe obtener su justificación de la realidad.

Otra de las dificultades que mayores problemas causa a los historiadores, cuando intentan aplicar la teoría a la realidad histórica, es la delimitación de su ámbito geográfico.

¿A qué número de personas afecta una generación? A este respecto son fundamentales los dos conceptos desarrollados por Ortega en *El tema de nuestro tiempo* sobre masa y minoría (29). No se puede entender la generación en términos de un estrecho círculo de individuos cualificados, pues si así fuera, la teoría no tendría ninguna trascendencia histórica e incluso estaríamos incapacitados para comprender la estructura

(29) O. C., págs. 146-147.

de la sociedad, ya que las masas y las minorías son, sin duda alguna, elementos funcionales y dinámicos de todo cuerpo social.

No obstante, y a pesar de la precisión de Ortega, el problema sigue planteado. Si bien es cierto que las generaciones tienen carácter unitario dentro de las mismas comunidades históricas (podríamos afirmar la existencia de un sistema de vigencias común a todas las sociedades en comunicación), hemos de pensar también que existe una continua variación de unas sociedades a otras, y que dicha comunicación no es homogénea entre las partes que integran la unidad histórica.

El historiador que pretenda investigar la serie efectiva de las generaciones en una comunidad determinada debe tener presente que lo fundamental a la hora de deslindar su campo de actuación es la idea de *vigencia*. Dos sociedades estarán en efectiva comunicación cuando compartan un mismo sistema de vigencias.

En conexión con esta idea surge el problema de las unidades abstractas. No tiene ningún sentido realizar derivaciones parciales y ponernos a estudiar generaciones literarias, políticas, ideológicas, etc., ya que la generación tiene carácter total y afecta a la forma íntegra de la sociedad. Pero lo que sí puede suceder es que alguno de los cuerpos sociales que constituyen la unidad histórica objeto de nuestro estudio experimenten pequeñas diacronías en aspectos concretos respecto a la sociedad total en la que se hallan integrados. El resultado será que, dentro de una misma comunidad histórica, la serie de las generaciones no presentará un cuadro homogéneo en todos los países. Habrá algunos más adelantados ideológica, artística o científicamente que otros que actuaron de receptores.

El acuerdo al que debemos llegar es al de delimitar cuáles son esas comunidades o unidades históricas que agrupan en su interior a sociedades comunicantes en plena evolución.

Uno de los historiadores más prestigiosos de este

siglo, Johan Huizinga, sin analizar formalmente las generaciones, las ataca en base a dos objeciones.

Cree que el auge de esta teoría en nuestro siglo se debe a la necesidad cultural de explicar el proceso histórico mediante divisiones cíclicas que permitan una clasificación en periodos en consonancia con la realidad.

Sus objeciones se refieren a aquellas teorías de las generaciones que establecen grupos de tres generaciones, con papeles fijos, que se repiten cíclicamente: «El periodo causal, que imprime a un periodo de treinta años el sello de un periodo de auge y al de otros treinta el de un periodo de decadencia, no actúa para cada treinta años sino de un modo permanente y dentro de cada una de las tres fases. Y este momento reside, además, al margen de la generación humana misma; ésta no hace otra cosa que suministrarle materia sobre la que se opera el proceso» (30).

Indiscutiblemente, Huizinga tiene razón. Una teoría de las generaciones que pretenda ser rigurosa no justifica la división de la historia en periodos de treinta años. Piensa que la determinación de periodos de treinta años es sumamente arbitraria, ya que se basa en factores biológicos y cronológicos y, por tanto, no responde a la verdadera estructura de la historia. Admite la posibilidad de aplicar la teoría a un fenómeno cultural determinado; pero incluso en estos casos tampoco las generaciones responderían a fases intrínsecas de la evolución histórica, sino a periodos completamente arbitrarios (31).

Si Huizinga hubiese concebido las generaciones sobre la base de los sistemas de vigencia que se sustituyen dentro de la estructura social, su interpretación habría sido menos superficial y más orientadora.

Por su parte, el historiador español Pedro Laín Entralgo escribió en 1945 un ensayo sobre el tema, con

(30) Huizinga, Johan, *El concepto de la historia*, F.C.E., México, pág. 80.

(31) *Ibíd.*, pág. 81.

múltiples ideas valiosas, titulado *Las generaciones en la Historia* (32).

Su principal crítica a Ortega es la de biologismo y vitalismo: «Lo primario en el pensamiento historiográfico de Ortega, como en el de todos los que hacen de la generación el concepto fundamental y elemental del acontecer histórico, es su radical vitalismo. Pero la Historia es resultado de acciones 'personales', aunque esas acciones hayan de ser ejecutadas por cuerpos vivos. Por eso la idea de una 'zona de fechas' no es un hallazgo empírico, sino una construcción al servicio de un *a priori*; el *a priori* de la coetaneidad 'vital', de la generación y, en último extremo, de la concepción biológica de la Historia.» Si Ortega no hubiese pensado que «la Historia es una más entre las restantes disciplinas biológicas», como nos dice en *El tema de nuestro tiempo*, seguramente no hubiese llegado a esta idea de la generación (33).

Julián Marías realiza la defensa de su maestro en base a tres supuestos: *a*), el *biologismo* de Ortega nada tiene que ver con el cuerpo humano; *b*), el concepto de *edad* no está ligado en la teoría de Ortega al modo de existir biológico y personal, sino a las funciones sociales que cada una de ellas desempeña, y *c*), es cierto que la *zona de fechas* no es un hallazgo empírico, sino un contenido más de la teoría de las generaciones, que debe saber aplicarse para no falsear la realidad que analizamos (34).

La idea de la «zona de fechas» es, sin duda, la más combatida por Laín. La causa se debe a que ve en esta hipótesis la única posibilidad de definir el concepto impreciso de coetaneidad, permitiendo de este modo adquirir duración histórica a un lapso temporal relativo a la duración biológica.

Laín piensa que todo intento de ordenar histórica-

(32) Laín Entralgo, Pedro, *Las generaciones en la historia*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1945.

(33) *Ibíd.*, pág. 236.

(34) *El método histórico de las generaciones*, págs. 146-147.

mente el acontecer humano, fundado en el contenido mismo de la Historia, tiene tan sólo un valor de convención historiográfica: «Toda ordenación del suceder histórico basada en el contenido de la Historia no puede ser absolutamente válida, ha de pecar de indefinida y de arbitraria. Toda ordenación absolutamente válida del acontecer histórico no puede ser histórica, ha de venirle a la Historia desde una realidad sobrenatural, en que se cree, o desde las fracciones cósmica o biológica del mundo humano» (35).

Este supuesto previo de que el historiador, a la hora de ordenar el acontecer histórico, sólo puede optar por la vía de la arbitrariedad o por la vía de la Naturaleza, es el que condicionó a Laín a no ver en el concepto de generación más que un contenido biológico, elevado a categoría fundamental de la vida histórica en función de su relativa duración, contenido supraindividual y ritmo temporal.

«Quien toma a la generación —argumenta Laín— como unidad elemental de la mudanza histórica y como categoría fundamental del acontecer da, sépalo o no lo sepa, gato biológico por liebre histórica y personal.» Y concluye diciendo: «Mi solución, menos despiadada, consiste en no entender la generación como una categoría historiológica, sino como un suceso *histórico* de contorno más o menos convencional. Sólo analógicamente puede llamarse 'generación' a una gavilla parva o numerosa de personas históricamente parecidas y activas» (36).

En definitiva, el concepto de generación tendrá significado histórico en sentido analógico, pero nunca lo tendrá por sí mismo. Posiblemente el error de Laín fue el de no visualizar el fundamento filosófico y el lugar de las generaciones antes de intentar indagar en qué consistían y cómo debían entenderse.

Todas las objeciones que se le pueden hacer a la

(35) Op. cit., *Las generaciones en la historia*, pág. 276.

(36) *Ibid.*, pág. 28.

teoría analítica de las generaciones, tal y como hemos visto, son discutibles y el lector podrá optar por su admisión o rechazo. No obstante, si la teoría no ofrece ninguna falla estructural seria y postula su aplicación a la realidad histórica, nuestro interés deberá orientarse hacia su carácter metódico y modos de aplicación.

III. *Eficacia de la teoría como método histórico*

El primer problema que surge al plantearnos el sentido metódico de la teoría generacional es el de cómo determinar objetivamente la serie de las generaciones en una época y en un ámbito concreto. Ortega propuso en su obra *En torno a Galileo* (37) un procedimiento destinado a delimitar una generación decisiva y, a partir de ella, toda la serie. Sus indicaciones señalan la necesidad de descubrir primero una generación decisiva, localizar a continuación la figura que mejor represente los caracteres del periodo y establecer consecuentemente una escala provisional e hipotética, tomando como epicentro generacional la fecha en que el epónimo elegido cumple los treinta años.

Si al acercarnos a los hechos históricos con esta escala generacional vemos que éstos no admiten el orden ideado, tendremos que modificar la serie hasta que las fechas coincidan con la articulación histórica real.

La elección del epónimo, por muy arbitraria que sea (38), no es decisiva, ya que la escala no resulta en ningún caso determinada por los individuos. La estructura de la realidad preexiste a la posible influencia de los individuos en ella.

No obstante, no siempre se puede determinar una generación decisiva o encontrar una figura suficiente-

(37) *En torno a Galileo*, O. C., V, págs. 51-52.

(38) Véase la crítica que Francisco Ayala, en su *Tratado de Sociología*, Ed. Aguilar, Madrid, 1968, realiza al respecto.

mente representativa. J. Marías propone el siguiente método operativo. Dado que desconocemos los límites de las generaciones y, por tanto, cuáles son éstas, será necesario elaborar una lista de representantes de otras tantas generaciones que correspondan a cada una de las generaciones de la serie.

Este procedimiento nos permite conocer a los representantes de todas las generaciones del periodo que abarca esa serie. Seguimos sin conocer los límites de la generación entera, pero hemos delimitado un grupo de representantes seguros que abarcan una zona de fechas restringida y constituyen uno de los núcleos de las hipotéticas generaciones.

Hasta ahora hemos utilizado vidas individuales para realizar una primera aproximación que nos ha permitido restringir los límites de las generaciones, pero no cerrarlos. Es el momento —dice Marías— de recurrir a la vida pública, a las vigencias colectivas: «Puedo descubrir el repertorio de vigencias de cada generación en su proyección sobre los 'representantes' respectivos y medir la variación de una generación a otra. De esta manera obtengo una figura esquemática de cada generación y de las diferencias de altitud entre ellas. Una vez en posesión de estas 'figuras' generales, confronto con ellas —y no ya con individuos— toda realidad individual y concreta, que así quedará alojada en una u otra de esas formas. Si procedo metódicamente de esta suerte, se irán cerrando las mallas de la retícula, hasta llegar a una 'densidad' total; es decir, habrán sido adscritos a una generación determinada, por razones que deriven de la vida colectiva, hombres nacidos en todos los años del periodo y, por tanto, quedarán fijados los límites de las generaciones y con ello la serie efectiva de éstas dentro del periodo considerado» (39).

La pregunta que nos hacemos ahora es la de cómo desvelar las diversas estructuras del mundo colectivo

(39) *El método histórico...*, pág. 174.

para poder situar en ellas a los individuos de una época. La respuesta puede hallarse en el análisis de las formas posibles de vivir una innovación histórica (no un fenómeno histórico).

Marías cree que cada una de las formas de vivir una innovación coincide con una generación, e incluso se podrían distinguir dos o más generaciones si el mecanismo de difusión fuera muy lento.

Distingue cuatro generaciones (40): *a)* La primera sería la creadora e inicial, capaz de imponer sus creencias y estilo a la forma total de la vida. *b)* La segunda generación es depositaria de una actividad que no ha inventado. No obstante, el mundo heredado tiene una estructura tan débil que será la gestora de un programa conforme a la nueva forma de vida. Es la primera generación que tiene conciencia de grupo y sus miembros saben lo que son. *c)* La tercera generación se enfrenta a una norma de vida que tiene ya vigencia social. A ella pertenecen los representantes máximos de dicha forma de vida. Viven instalados en la tradición, aunque esto no significa que inicien ya la revisión de ciertas creencias básicas en que la sociedad vive. *d)* La cuarta generación es, a mi modo de ver, la que sufre un mayor desquiciamiento. Sus componentes aún siguen funcionando con el repertorio de los antiguos usos y creencias, pero ellos tienen otras pretensiones que les orientan hacia nuevas formas de vida o a insistir inauténticamente en lo recibido.

Si admitimos estas cuatro situaciones respecto a una innovación histórica, no nos será difícil determinar en cuál de ellas se encuentra cada individuo en cuestión. Mediante un análisis minucioso de la realidad y su estructura, podemos obtener la serie de las generaciones.

En realidad, la aplicación del método de las generaciones al conocimiento de la realidad histórica conlleva un doble procedimiento: *a)*, elaborar un esque-

(40) *Ibíd.*, págs. 175-177.

ma provisional de las generaciones de una época para intentar descubrir el repertorio de vigencias que cada generación proyecta sobre sus representantes, y b), realizar una investigación detallada de la vida colectiva e individual en el periodo que analizamos.

La complejidad de estos supuestos metódicos ha provocado, en múltiples casos, la desorientación y la mecanización a la hora de aplicar el método a la vida histórica.

Uno de los campos que mayores ensayos ha experimentado ha sido el de las letras hispanoamericanas.

Los ejemplos más representativos de la historiografía contemporánea hispanoamericana, desde 1940 hasta la fecha, son los siguientes:

JULIO A. LEGUIZAMÓN y LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, en sus respectivas Historias de la Literatura americana (41), abordan el tema con criterio cronológico, pero a la hora de subdividir las etapas utilizan criterios espaciales y temáticos.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA fue el primer historiador que utilizó un riguroso esquema cronológico a la hora de sistematizar la producción literaria hispanoamericana. En su obra *Las corrientes literarias en la América Hispana* (México, 1949) ordenó el contenido de los siglos XIX y XIX en periodos de treinta años, aunque sin explicar el fundamento del método generacional que aplica.

Otro de los ensayos más seriamente expuestos fue el del historiador E. ANDERSON IMBERT, cuya *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (42) intenta ofrecer una periodización flexible capaz de ajustarse a los hechos. En realidad, Imbert ofrece un conglomerado de métodos, todos ellos subordinados a la cronología. Su método resulta sistemático cuando agrupa cronológicamente los fenómenos literarios fundamentales, y asis-

(41) Leguizamón, Julio A., *Historia de la literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, 1944.

(42) Imbert, Enrique Anderson, *Historia de la literatura hispanoamericana*, 1.^a ed., F.C.E., México, 1954.

temático en su desarrollo interno, por temas, géneros y escuelas. En su opinión, este sistema de encabalgamiento de métodos es el único que no descompone la unidad cultural de Hispanoamérica ni falsifica la Historia.

Respecto a su método cronológico, parece adoptar los procedimientos del método generacional en la titulación de los capítulos del ensayo; pero cuando desarrolla el tema, abandona el criterio generacional y delimita una serie de zonas de magnitud variable (periodos que abarcan desde los sesenta y cuatro hasta los diez años) que no se ajustan al esquema generacional —entendido como una zona de fechas de unos treinta años— ni en la forma ni mucho menos en el fondo.

El historiador cubano que más ha teorizado sobre el método generacional ha sido JOSÉ ANTONIO PORTUONDO en su obra *La Historia y las generaciones* (Santiago de Cuba, 1958). Pero al aplicar sus postulados teóricos a la práctica, ofrece un esquema provisional muy similar al indicado por Henríquez Ureña. Dicho esquema acota dieciséis generaciones y abarca desde el año 1492, que toma como punto de partida, hasta 1940. Las generaciones basculan entre un mínimo de dieciséis años y un máximo de treinta y seis.

El enfoque de JOSÉ JUAN ARROM para las letras hispanoamericanas (43) es posiblemente el más consistente de los mencionados hasta ahora, aunque puede resentirse de cierta rigidez matemática por la aplicación rigurosa de la medida histórica de treinta años a las generaciones literarias establecidas.

Su intuición inicial a la hora de establecer el punto de partida de la serie cronológica es acertada. Rechaza el año 1492 como punto de arranque de las generaciones (ningún acontecimiento histórico determina *per se* el final o comienzo de una generación) y lo sitúa ha-

(43) Arrom, José Juan, *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, Instituto «Caro y Cuervo», Bogotá, 1963.

cia 1474, año en que entra en la vida histórica la generación guerrera que desde hacía tiempo preparaba la unificación política de España (en esa fecha se verifica la unión de Castilla y León y se inicia el reinado de los Reyes Católicos). Su predominio finaliza treinta años más tarde, con la muerte de la reina Isabel (1451-1504) y el regreso de Colón (1451-1506) de su último viaje. Ambas figuras son, sin duda alguna, los epónimos de la generación de los descubridores. Simultáneamente entra en la vida histórica otra generación (la de 1504), que con una nueva imagen del mundo y de la historia va a realizar el proceso de la conquista.

A pesar de establecer un criterio tan acertado en la delimitación de esta primera generación, las periodizaciones sucesivas dejan mucho que desear. Arrom piensa que lo fundamental es rectificar el punto de partida; el resto no ofrece dificultades, basta con aplicar rigurosamente la medida histórica de treinta años. El resultado es obvio. Resulta un esquema generacional rígido, aprisionado en la precisión matemática del número cuatro (44), que si bien ofrece un proceso ordenado (que posibilita la relación de las corrientes ideológicas con las circunstancias históricas de cada etapa), está falseando la realidad histórica al constreñir el proceso evolutivo de la literatura hispanoamericana a unas etapas cronológicas inflexibles. El error de Arrom se debe a que concibe la generación como una unidad historiográfica interna con valor constante e inmutable.

El esquema actual que, en mi opinión, tiene mayor grado de consistencia y fundamentación es el que ha realizado el profesor DIEGO F. PRO en su ensayo *Historia del pensamiento filosófico argentino*, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, cuaderno I, Mendoza, 1973.

Pro considera que el criterio generacional es, desde el punto de vista de la historia de la cultura y el pen-

(44) *Ibíd.*, pág. 19.

samiento, una superación respecto a las restantes formas de partición realizadas en base a criterios políticos, económicos, literarios, etc. Es necesario, no obstante, que el concepto de generación se delimite desde el punto de vista histórico-cultural, incluyendo el punto de vista filosófico, para no caer en una forma de periodización mecánica y automática.

Tomando como referencia la teoría analítica de Ortega y Gasset, y basándose en los periodos de vigencia y agotamiento de las diversas corrientes de pensamiento que circulan en Hispanoamérica entre 1800 y 1940, Pro realiza una seriación flexible que incluye diez generaciones históricas totales, cuyos representantes actúan en todos los campos de la cultura (45).

Su esquema no ha sido suficientemente desarrollado, pero podría utilizarse como un primer supuesto metódico a la hora de investigar la serie de las generaciones en el ámbito hispanoamericano contemporáneo.

A pesar de los múltiples ensayos de periodización general que la historiografía americana recoge, la confusión y desorientación continúa existiendo respecto a cuál es la serie efectiva de las generaciones, a nivel supranacional, en el área sudamericana.

No obstante, si admitimos como sujetos elementales del acontecer histórico a las generaciones, y aceptamos que éstas realizan la continuidad y discontinuidad del proceso histórico, será necesario establecer un método operativo capaz de determinar la serie generacional. En este sentido, el método derivado de la teoría analítica de Ortega, con todas las variantes que imponga la realidad, puede resultar un instrumento de trabajo útil para obtener una visión integral de la Historia.

Recordemos, finalmente, que el método generacional posibilita una visión pluralista y dinámica de cada

(45) Pro, Diego F., *Historia del pensamiento filosófico argentino*, Univ. Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filosofía, cuaderno I, Mendoza, 1973, págs. 156-181.

momento histórico (en cada fecha coexisten en interacción cuatro estratos humanos con funciones distintas), y puede contribuir a explicar la articulación del cambio histórico si se analiza el mecanismo de sustitución de los sistemas de vigencias en cada comunidad histórica.